

## **Vida urbana y segregación social.**

### **Algunos modelos sociológicos de análisis de la ciudad**

**Santiago Ruiz Chasco**

**Universidad Complutense de Madrid**

#### **Resumen**

Para poder comprender mejor los problemas que nos rodean en las grandes metrópolis de nuestro tiempo, para tratar de objetivar las contradicciones urbanas en las que vivimos, es preciso adoptar una perspectiva histórica que nos permita describir y explicar el cambio social. El presente artículo tiene como principal objetivo llevar a cabo un repaso de algunos modelos sociológicos de análisis de la ciudad que nos ayuden a comprender los actuales retos urbanos. Para ello partiré de algunos trabajos ya clásicos, como los de Fustel de Coulanges, Max Weber, Robert Ezra Park, o Lewis Mumford, para finalizar con los últimos trabajos sobre post-metrópolis de Edward W. Soja.

#### **Palabras clave**

Ciudad, Sociología Urbana, Clases Sociales, Modelos de Análisis, Cuestión Social, Historia, Segregación Social

#### **Introducción**

Este artículo es una propuesta de recurrir a la tradición sociológica para poder pensar el cambio social hoy bajo la necesidad de construir nuevas miradas y perspectivas en torno a las ciudades, sus problemas, y su relación con la cuestión social, es decir, la cuestión de las desigualdades sociales en sociedades que se dicen democráticas. Las grandes ciudades han sido representadas como espacios hipertrofiados de congestión, hacinamiento, contaminación, suciedad; lugares comunes marcados por las desviaciones sociales (alcoholismo, drogas, delincuencia, locura, prostitución), espacios de acogida de la inmigración internacional, lugares de ruptura de valores familiares tradicionales, ámbitos de soledad, anomia, alienación, desorganización social en general. Pero al mismo tiempo en las ciudades se han llevado a cabo luchas por la libertad, la igualdad, la justicia y el progreso social. Los "problemas urbanos" han eclipsado los temas de fondo de organización social, por lo que re-conectar los conflictos urbanos con la cuestión social se hace imperativo desde nuestro punto de vista. La existencia de una ciudad cada vez más fragmentada y atomizada socialmente se ha ido desarrollando junto al crecimiento económico. Aún más, se ha venido comprobando que el crecimiento económico ha profundizado las desigualdades sociales y políticas en nuestras sociedades de capitalismo avanzado.

Algunos de los procesos urbanos que representan esas contradicciones sociales son objeto de numerosos estudios actualmente, como la llamada gentrificación o aburguesamiento de los centros urbanos, o la extensión de un "urbanismo preventivo" contra las cla-

ses subalternas, representado por la construcción de “privatopías” (Mckenzie, 1994) basadas en la ecología del miedo (Davis, 1992). La formación de barrios residenciales de ricos y de guetos de pobres, así como el dispositivo policial que mantiene esas distancias espaciales, sociales y culturales, dibujan una ciudad cada vez más polarizada o dual. En este sentido, es oportuno señalar la diferencia entre los problemas de la ciudad y los problemas en la ciudad, es decir, entre los problemas que afectan de modo general a toda la sociedad, pero que muestran mayor incidencia en las ciudades, producto de la aglomeración de individuos; y los problemas específicos de esa forma espacial de cohabitación y convivencia social llamada “ciudad” (Capel, 2006). La implantación de las relaciones sociales capitalistas desde el siglo XIX en nuestras sociedades occidentales, y más tarde en todo el mundo, deben ser el punto de partida de los estudios urbanos actuales que no quieran confundir la naturaleza de los conflictos. La desigualdad, la segregación, la intolerancia, la violencia, la locura, el egoísmo, o la soledad, son problemas sociales, no específicamente urbanos. Con esta óptica, si miramos el “problema” de la desorganización social, del orden establecido (como cuestiones que han sido primordiales entre los primeros estudiosos de la ciudad), deberíamos preguntarnos también, como así hace Capel en su reflexión, si realmente se trata de un problema, por qué y para quién (Capel, 2006; 59). La cuestión de qué tipo de ciudad queremos es inseparable del tipo de relaciones sociales que aspiramos construir. Devolver “lo urbano”, como práctica social central de las ciudades que actualmente está en evidente deterioro, y el “urbanismo” a una reflexión teórica e histórica es fundamental para no reducirlo a un cuestiones “técnicas”.

### **La ciudad en la historia: Primeras aproximaciones**

Ni la fuerza bruta, ni teorías filosóficas, ni tampoco el puro interés, sino las creencias religiosas fueron el elemento constitutivo de la ciudad (Coulanges, 1864). De las primeras religiones domésticas cerradas a la formación de tribus, y finalmente ciudades, el proceso de unificación estuvo siempre regido por las creencias compartidas de los grupos humanos. Lewis Mumford (1966) coincide con el historiador francés al situar la “ciudad de los muertos” como núcleo originario de la posterior “ciudad de los vivos”. En esa transición, las antiguas funciones aldeanas no fueron abandonadas, sino reelaboradas con una nueva condición: el “sinecismo”. Este término proviene del griego *synoikismos*: “condición que emerge de vivir juntos en una casa, u *oikos*”, y representa las interdependencias tanto ecológicas como económicas que surgen en los agrupamientos que cohabitan juntos en un lugar determinado. Supone la manifestación de las sinergias humanas, tanto creativas como destructivas, que surgen de la vida colectiva y su necesaria interdependencia. Normalmente cuando los historiadores hablan de la “ciudad antigua” no hacen referencia a un habitáculo permanentemente habitado, sino que la ciudad, en sus primeras etapas, sólo servía de lugar de reunión temporal para algunas familias. Desde sus comienzos, la ciudad se construyó como si una parte de la sociedad no existiera, concretamente los estratos más bajos: los clientes y plebeyos. La sociedad urbana original, cerrada y aislada sucumbió, tanto por la disminución de la influencia de las creencias que dieron origen a la ciudad misma, como por el ataque que llevaron a cabo muchos de los hombres que se quedaron fuera de esta organización social (conscientes, gracias entre otras cosas al sinecismo urbano, de su mísera condición social y su potencial de transformación como clase). La ciudad ideal de los grie-

gos, fruto del pensamiento de los más sobresalientes filósofos griegos del siglo V, (Sófocles y Sócrates), no llegó a materializarse. La principal lección histórica urbana que nos ha proporcionado Roma ha sido la de su carácter expansionista (en lo espacial), explotador (en lo político) y materialista (en lo social). El crecimiento por el crecimiento, sin ningún objetivo ni límite social ni espacial, es una lección que el modelo de ciudad moderna no ha aprendido sino que ha expandido de forma irreversiblemente dañina para la vida social de su interior (Mumford, 1966).

Fue a finales del siglo XVIII, cuando el capitalismo ya había alterado completamente la balanza del poder, y había introducido el mercado en todos los ámbitos de la ciudad. En este sentido, Mumford nos invita a recordar el modelo de urbanismo que se desarrolló en Ámsterdam como un ejemplo de la importancia que tiene una dirección pública responsable en el ordenamiento de la ciudad. El éxito comercial se había traducido, en el resto de ciudades europeas, en una clara y evidente miseria cívica, una irresponsabilidad pública como correlato del avance del proyecto capitalista que pasó de su fase comercial a su fase industrial. Este tipo de planeamiento urbano socialmente irresponsable tuvo unas consecuencias desastrosas para la mayor parte de la población de las clases subalternas que emigraron hacia las grandes ciudades industriales. La suciedad, la congestión, las epidemias, fueron consecuencias directas de ese medio urbano degradado y hacinado. El estado de las viviendas, como Engels nos enseñó en sus escritos sobre Manchester en 1843, era lamentable en cuestiones de higiene y seguridad para la gran mayoría. Las consecuencias sociales, psicológicas y culturales, de todo este entramado capitalista industrial, que representaba mejor que nada el fracaso del liberalismo puro, impulsaron al nacimiento de las ciencias del comportamiento humano (entre ellas, la Sociología). El desorden de la organización social, el aumento de las desigualdades económicas y la degradación urbana llevaron a una preocupación cada vez mayor por las consecuencias de este proyecto industrial que se estaba llevando cabo, dejando fuera del sistema a cada vez más individuos. Contrariamente a un discurso bastante generalizado que postula el fortalecimiento de la ciudad como consecuencia del desarrollo del sistema capitalista, lo cierto es que éste provocó la pérdida de autonomía que poseía la ciudad medieval. Lo que se estaba gestando, más bien, era una homogeneización de las condiciones urbanas en un solo modelo ideal de ciudad industrial capitalista.

### **Los sociólogos clásicos en la ciudad industrial**

La primera referencia sociológica en cuanto al estudio de la ciudad la podemos situar en el trabajo de Max Weber, *La ciudad (Die Stadt)*, escrito alrededor del año 1912, y publicado posteriormente en su obra *Economía y Sociedad*, con el título “La dominación no legítima (tipología de las ciudades)”. Para Weber, lo que define la ciudad en su forma histórica es la unificación en un mismo territorio de la ciudadela y el mercado, de los componentes económicos y políticos. Sin embargo, la especificidad de la ciudad occidental proviene de haber sido fundada como una comunidad a través de la fraternización (las conjuraciones) de los burgueses. Recordando a Marx, Max Weber describe cómo las ciudades en Occidente nacieron del conflicto de intereses políticos y económicos entre diferentes grupos sociales enfrentados (más o menos violentamente). La ciudad, desde su nacimiento, ha conllevado

desigualdad social y política, pues el poder y los intereses de la dominación política han definido su formación. En este sentido, Weber recuerda que de estas dos tendencias, una hacia una relativa nivelación social, y otra, más proclive a una fuerte diferenciación social en el interior de la ciudad, triunfará casi siempre la segunda (Weber, 1987: 41). Para Weber la ciudad antigua, en términos generales y destacando su “subjetividad dominante”, era una “ciudad guerrera”, donde dominaba el homo politicus, mientras que la ciudad medieval era “industrial y comercial”, campo del homo economicus.

G. Simmel (1903), también profesor de sociología y amigo de Max Weber en la Universidad de Heidelberg, describe con intensidad las consecuencias psico-sociológicas del nuevo tipo de homo economicus que se estaba gestando a principios del siglo XX en las grandes ciudades occidentales. Simmel centró su análisis en la relación conflictiva y ambivalente que se produjo entre el individuo y las grandes metrópolis urbanas. A Simmel, como a Weber, le preocupaba el tipo de seres humanos que generaban las sociedades modernas. El alejamiento, la distancia, la impersonalidad, las diferencias, y el temor hacia lo desconocido, provocaban en el sujeto un retraimiento individualista, abriendo nuevos espacios de libertad en lo más profundo del “yo”. Las grandes metrópolis permiten una autonomía o libertad individual característica, fruto de los diferentes modos de adaptación a las fuerzas culturales objetivas. Estas fuerzas están representadas por la economía monetaria, caracterizada por la preponderancia de las relaciones sociales racionales, en contraste con las relaciones afectivas típicamente comunitarias o rurales. Simmel ya anticipó la concepción del dominio del valor de cambio sobre el valor de uso como una marca específica de las ciudades industriales capitalistas, donde el dinero domina el espacio urbano, re-configurando las relaciones sociales en la ciudad.

Pero no fue en Berlin, sino en el Chicago de 1920, donde se formó la primera perspectiva etnográfica sobre la ciudad como objeto preferente de estudio. R. E. Park (1920), impulsor del Departamento de Sociología en esa ciudad, y heredero del pensamiento alemán (Durkheim y Simmel), subraya el potencial liberador y estimulante de la ciudad. Aunque esta Escuela suele ser tildada de “darwinismo social”, y a pesar de su moralismo o culturalismo determinante, sus aportaciones etnográficas son fundamentales para comprender la ciudad. Los distintos estudios basados en el paradigma ecológico, como *The Gold Coast and The Slum: a sociological study of Chicago's Near North Side*, de Harvey W. Zorbaugh (1929), muestran hasta que punto algunos barrios de la ciudad se convirtieron en zonas de autoorganización social y refuerzo identitario, donde diferentes energías producto del “sinecismo” urbano permitieron formas de solidaridad y de acción colectiva. Los trabajos de esta Escuela deben ser bien utilizados, aprendiendo de sus limitaciones ecológicas deterministas que naturalizan la segregación urbana, pero también de sus valiosas aportaciones etnográficas de los vecindarios como espacios de socialización y asociación. Frente a una ciudad industrial y monetaria, donde priman las relaciones impersonales basadas en el interés individual, y en la que el antiguo control social comunitario es sustituido por los modernos medios de comunicación, la formación de “áreas naturales o morales” representan una respuesta comunitaria urbana fundamental. La ciudad se dibuja como “un mosaico de pequeños mundos que se tocan sin llegar a penetrarse” (Park, 1999; 79). Estos estudios pueden ser considerados como los pioneros de la Antropología urbana, una especialidad que

recogerá, ya en los años ochenta del siglo XX, el relevo de éstos y en la que el sueco Ulf Hannerz supone un referente fundamental. En *Exploración de la ciudad* (1986) aporta un modelo de análisis urbano basado en redes y el punto de vista dramático de Goffman.

### **Sociología contemporánea y crisis urbana**

Las crisis sociourbanas de los años 60 del siglo XX fueron un indicador fundamental de los límites del propio crecimiento económico capitalista, así como de sus formas de reestructuración. Las movilizaciones o conflictos urbanos que tuvieron lugar en algunas ciudades occidentales pusieron de manifiesto la desigual repartición de la riqueza en los países “avanzados”, y la debilidad de algunas teorías urbanas para explicar el cambio social. El derecho a la ciudad (Lefebvre, 1969) aparece como una categoría que unifica y engloba, pero sobre todo “materializa”, los derechos ciudadanos formales. La influencia de distintos teóricos marxistas que se centran en el estudio de “lo urbano” en las movilizaciones de 1968 muestra la importancia de estos análisis en un contexto de crisis urbana, donde replantear el modelo se volvió necesidad. Para Henri Lefebvre el valor de uso (la ciudad como una obra, una creación colectiva) ha sido desplazado por el valor de cambio (la ciudad como una mercancía que se compra y se vende), una idea que ya vimos en Simmel. El punto crítico de ese cambio lo constituye el capitalismo industrial, que ha supuesto una disolución de las estructuras urbanas preindustriales. Contra la idea de que la industrialización reforzó el urbanismo, Lefebvre argumenta que el modo económico industrial no es compatible con la vida social urbana, y esto se deja ver en las consecuencias sociales que ha tenido dicho proceso en la ciudad. Pero la perspectiva culturalista de Lefebvre fue objeto de críticas estructuralistas dentro de la propia Escuela Neomarxista de Economía Política Urbana.

Manuel Castells (1976) critica de forma contundente todo el pensamiento sociológico urbano anterior, denunciando la “ideología urbana” (en referencia a la Escuela de Chicago, pero también a Lefebvre). Organiza una serie de contribuciones de estudios empíricos sobre ciudades de Estados Unidos y Europa, atendiendo a la polémica relación entre el marco ecológico y el sistema cultural urbano. La crítica se dirige al hecho de partir de un axioma no demostrado que ubica la causalidad de las formas culturales urbanas en las formas espaciales, mostrando la simpleza de una teoría del cambio social basada en un factor demográfico (o cultural). Los diferentes modos de organización del espacio, las relaciones de los grupos, y la influencia ambiental, no deben ser estudiados de forma causal, sino haciendo problemática su misma causalidad, analizando cada contexto de forma concreta. Este esfuerzo de Castells por mostrar la importancia de las relaciones de poder en la configuración de las instituciones, y en último término, de la ciudad, configura un modelo de análisis estructural de la vida urbana que nace en oposición a las visiones liberales. La estrategia de análisis liberal parte de un actor social, como unidad ahistórica, que despliega una serie de tácticas individuales sobre el medio urbano, sin atender a su vinculación histórica con la estructura social. Este tipo de estrategias simplemente se quedan en un plano superficial, descriptivo, en el que priman situaciones urbanas concretas y descontextualizadas. Contra esta estrategia, Castells propone otro tipo de forma de estudiar la ciudad que no parta del individuo atómico, sino de las propias relaciones de poder entre los diferentes grupos que componen la estructura social urbana, organizados o no, institucionalmente (Planifi-

cación urbana VS Movimientos sociales urbanos).

De forma complementaria a los trabajos de Castells, pueden leerse las principales contribuciones del geógrafo inglés David Harvey, autor del estudio sobre Urbanismo y Desigualdad Social (1977), en el que adopta una visión liberal para contrastarla con una marxista. Desde la lectura liberal de la ciudad, Harvey defiende que la organización óptima del sistema urbano pasa más por reducir (estadísticamente) los efectos exteriores a un nivel (política y socialmente) aceptable, que por eliminarlos. Esta forma de razonar y de enfrentarse a los problemas sociales a través de su disminución estadística como objetivo final se basa en una mentalidad pragmática, administrativa. Centrándose únicamente en las estadísticas y sus medias, olvidan el elemento de la distribución, de la justicia social. Puede haber crecimiento (estadístico) y aumento de las desigualdades urbanas al mismo tiempo. Harvey pretende poner en valor la relación funcional entre urbanismo y capitalismo, entre el nacimiento de las ciudades y la apropiación del plusvalor y el excedente. Adoptando un método dialéctico (marxista) propone estudiar la historia de las ciudades como el paso causado por la acumulación de contradicciones en su organización social.

Si nos aproximamos a los Estados Unidos en esos años de reacción intelectual a las crisis urbanas, materializadas en motines como el de Watts en 1965, podemos encontrar análisis como el de Richard Sennet, que representa una mirada "situacionista" combinada con planteamientos del "interaccionismo simbólico" sobre la vida urbana. En *Vida urbana e identidad personal* (1975) propone un esquema de análisis de los problemas urbanos basado en los mecanismos psicológicos conflictivos (del paso de la adolescencia a la edad adulta). Cuando, a la hora de enfrentarse a un contexto heterogéneo y desconocido, el individuo adopta una posición defensiva buscando la seguridad de lo conocido, y evitando el desorden de lo aún-por-conocer, se imagina el resultado de una experiencia sin vivirla previamente. Es lo que Sennet denomina aislamiento preventivo. De este modo, se construye una identidad sin conflictos ni contradicciones, sin la experiencia que da la propia historia (que es inevitablemente conflictiva), y el adolescente se convierte en un adulto esclavo de la seguridad y de un orden que nunca ha conocido, que simplemente ha imaginado (el mito del orden y la seguridad). Para superar ese estado de servidumbre que supone el "miedo a la libertad" de la personalidad y la ciudad purificada, Sennet nos invita a dirigir la planificación urbana hacia cierto grado de desorden, ya que "sólo una sociedad voluntariamente inestable puede preparar para la edad adulta" (Sennet, 1975: 148). Esto no significa otra cosa que reconocer y asumir la diversidad y el conflicto dentro de la sociedad, y en este sentido, la ciudad aparece como el espacio privilegiado para llevar a cabo este proyecto, por su densidad y número de puntos de encuentro.

Desde una perspectiva muy cercana a Pierre Bourdieu, Loic Wacquant (2010) nos enseña como los guetos norteamericanos, que no se pueden identificar con los banlieues franceses, son un producto del poder, es decir, no son "naturales" (al modo de la Escuela de Chicago). Repensar el gueto como un instrumento de encierro y control nos permite analizar la dominación etnorracial y la desigualdad urbana de las ciudades norteamericanas, así como devolver la categoría "gueto" a la historia. El trabajo de este sociólogo permite vincular las funciones originales del "gueto judío"; explotación económica y ostracismo social, con las

que cumple hoy el “gueto negro”. De este modo recurre a la historia para romper con una tendencia dominante a estudiar los guetos únicamente desde la pobreza, quitando cualquier elemento racial al conflicto, e igualándolo al slum. Por otra parte, nos remite a la importancia del gueto, no sólo como espacio de control por parte de la clase dominante, sino también como espacio de integración, asociación y nacimiento de instituciones protectoras de identidad y derechos de sus habitantes. Estas dos caras del gueto han de ser estudiadas conjuntamente, ya que el aislamiento impuesto ha configurado un espacio donde el contacto social (sinecismo), y la cultura compartida, han servido de contrapartida en cuestiones de poder.

Otra de las líneas de investigación que han dado sus frutos a partir de las crisis urbanas de los años sesenta, han sido las que se han centrado en los procesos de formación de los relatos o imaginarios urbanos. Con la aparición de los medios de comunicación de masas, y su influencia en las percepciones e ideas de los ciudadanos, el hecho de estudiar la forma en que se construyen las visiones de la realidad social, los consumos culturales o los usos de la ciudad tomaron un gran impulso. En las grandes ciudades, donde se ha perdido la experiencia de conjunto, y donde cada vez más espacios nos son totalmente desconocidos, la puesta en marcha de una serie de “imaginarios urbanos” cobra gran importancia al construir artificialmente una visión simulada de conjunto. Imaginar lo que desconocemos a través de la experiencia basando buena parte de dicha información en los discursos mediáticos, obliga a los analistas a prestar una atención preferente a la construcción de imaginarios sociales y urbanos por parte del dispositivo mediático. Los trabajos de García Canclini (1999) sobre Mexico DF, que le lleva a identificar dentro de ésta cuatro ciudades diferenciadas según las vivencias e imaginarios urbanos de sus habitantes, o los de Walkowitz (1992) sobre la construcción de relatos populares sobre los peligros sexuales en el Londres victoriano de fin de siglo XIX, representan algunos ejemplos de esta perspectiva, que pone en valor las representaciones sociales como fundamentos que orientan la materialización discursiva y la política. En este sentido, la importancia que han cobrado las distintas representaciones y discursos sobre la inseguridad a partir de los años ochenta, tanto en Norteamérica, Europa, y sobre todo, Latinoamérica, hacen de esta perspectiva una importante vía de análisis. Uno de los autores que mejor han conectado esta problemática con la cuestión social en la ciudad, desde otra perspectiva, ha sido el francés Jacques Donzelot (2007).

Para este sociólogo francés, que trabajó en la órbita de Michel Foucault, desde la ciudad medieval como recinto seguro frente a la incertidumbre rural, pasando por el urbanismo higienista de finales del siglo XIX, hasta acabar en la ciudad industrial que vio nacer los primeros sistemas de protección social para sus ciudadanos, el urbanismo ha supuesto un instrumento histórico para regular la inseguridad social y civil de las personas que viven en su interior, para producir sociedad. Este proceso histórico se ve interrumpido por un regreso de la inseguridad (social y civil) en los años setenta y ochenta del siglo pasado. Donzelot explica que, si bien la ciudad industrial tuvo como objetivo constituir una relativa unidad social a través de dispositivos que paliaran las duras consecuencias del trabajo industrial, los cambios a nivel sistémico (el paso de un sistema de producción fordista a otro flexible-postfordista, y el continuo aumento de los niveles de desigualdad) han llevado a las ciudades a fragmentarse en su seno en tres tipos diferentes de “ciudades interiores” (ciudades de tres

velocidades). Estas tres partes o mundos sociales están representados por los polígonos residenciales de las clases populares; la periurbanización de las clases medias, y por los espacios gentrificados por las elites profesionales y económicas del país. En los primeros, el espacio público es sinónimo de inseguridad ciudadana, y sus habitantes definen un “entre sí forzado”, debido a la dificultad que tienen estas personas para poder moverse a otro barrio, ya que sus condiciones de vida no lo permiten. Las periurbanización o urbanización de chalés para las clases medias están formadas por muchos de los que han podido “escapar” de los polígonos residenciales. Aquí se favorece más un “entre sí protector” buscado y valorizado como tal. Lo que se busca, explica Donzelot, es la tranquilidad del vecindario, la seguridad. Por último, los centros urbanos de las grandes ciudades se han visto “invadidos” por los estratos más altos de la clase media (altos ejecutivos y profesiones intelectuales superiores), que no es tanto la seguridad lo que buscan, sino más bien un barrio valorizado, bohemio, pintoresco, que suponga un símbolo de prestigio, un “entre sí selectivo”. La gentrificación, explica Donzelot, supone un “proceso que permite disfrutar de la ciudad sin preocuparse por sus inconvenientes” (Donzelot, 2007: 59). Sabemos que estos barrios forman parte de una misma ciudad a nivel formal, sin embargo son mundos separados, sociedades aparte, una idea que nos remite de nuevo al “mosaico social” del que hablaba Park en 1920, pero ahora en otro marco social diferente.

Aunque este nuevo tipo de configuración urbana puede ser leído como una simple reestructuración de los componentes de la ciudad industrial, lo cierto es que nuevos elementos y dimensiones que afectan a todos los aspectos de nuestras vidas están dando lugar a nuevos espacios urbanos. No sólo ha cambiado el sistema productivo, sino también los mismos discursos, prácticas e imaginarios con los que concebimos y practicamos la ciudad. Edward W. Soja (2008), (que acuñó el concepto Postmetrópolis en la Escuela de estudios urbanos críticos de Los Ángeles) nos invita re-pensar la complejidad de los nuevos espacios urbanos a través de seis discursos que la analizan desde prismas diferentes, pero que son, al fin y al cabo, necesariamente complementarios.

### **Metrópolis industrial postfordista**

El énfasis en que la industria sigue siendo un elemento clave en los nuevos espacios urbanos, y que los diferentes modos de producción postfordista deben seguir siendo enfocados desde un análisis estructural neo-marxista, constituyen dos pilares básicos de este discurso. Mientras algunos trabajos se ocupaban de la parte positiva de esta reestructuración industrial flexible, otros han hecho más énfasis en los aspectos negativos que se están generando en el mundo del trabajo en general, y específicamente en las mujeres y las minorías étnicas. La desregulación del trabajo y el capital traducido en un empeoramiento de las condiciones laborales y de vida para una buena parte de las clases subalternas supone uno de los puntos negros de este nuevo proceso industrial, en el que cada vez hay menos trabajo para más personas. El paro se ha convertido en un problema estructural, y los desajustes en muchos aspectos de la vida social para grandes grupos de población también. La pérdida de poder del sujeto político obrero, a través de una desmovilización paralela a la precarización laboral tiene una importancia crucial ante la implantación de este modelo.



### **Cosmópolis: globalización del espacio urbano**

La globalización del trabajo y del capital ha llevado a configurar un espacio urbano heterogéneo nunca antes visto, con un gran potencial de transformación social, pero igualmente, con un gran potencial de conflicto, si las tensiones existentes no se encauzan debidamente. La movilidad forzada de trabajadores en todo el mundo conduce a la formación de un proletariado global flexible y fragmentado. En este discurso la desterritorialización hace referencia a la descomposición de la producción fordista, y la fragmentación de trabajo asociado a ésta; la pérdida de importancia política del Estado-nación moderno, y de las identidades culturales y espaciales en todas las escalas. Por el contrario, la reterritorialización supone una reacción crítica tanto a la globalización como a la reestructuración postfordista, y cuyo fin es reconstruir, por sus medios, los espacios vividos y sus comportamientos en los mismos como modos de resistencia a la desterritorialización. Habla pues, de un juego de poder entre dos procesos simultáneos y contradictorios.

### **Exópolis: reestructuración de la forma urbana**

Términos como Megaciudades, galaxias metropolitanas, ciudades exteriores, conurbación, ciudades-frontera, etc. hacen referencia nominalmente a un mismo proceso de crecimiento sin control de las formas urbanas en todas direcciones. Las variadas formas urbanas producto de ese crecimiento son objeto de estudio, así como los modos de vida a los que da lugar en su interior. El término que Soja utiliza para referirse a esa realidad postmetropolitana, exópolis, hace hincapié en el crecimiento de las ciudades exteriores, así como también a la creciente importancia que tienen los elementos exteriores para configurar el espacio urbano en la globalización capitalista.

### **La ciudad fractal: Metropolaridades y el mosaico reestructurado**

El estudio de la desigualdad social en las ciudades debe tener en cuenta que un nuevo "mosaico social" ha sido plasmado en las ciudades como consecuencia de la reestructuración del sistema capitalista. Las viejas divisiones sociales basadas en un sistema fordista han sido fragmentadas en una multitud de desigualdades que han de ser estudiadas de forma profunda, con el fin de comprender la variedad de contradicciones. Este discurso trata de estudiar pues, el modo en que los nuevos procesos de urbanización han ido a la par del crecimiento y la intensificación de las desigualdades socioeconómicas. Dentro del mismo podemos encontrar desde posiciones más conservadoras, que tratan de oscurecer las desigualdades como un momento pasajero de una reestructuración global, hasta lecturas más críticas que apuntan al mismo sistema capitalista como la máquina de crecimiento de las desigualdades.

### **El archipiélago carcelario: gobernar el espacio en la postmetrópolis**

El nuevo espacio urbano postmetropolitano se ha visto invadido de distintos espa-

cios protegidos y fortificados, auténticas islas de protección ante eventuales peligros exteriores. La segregación socio-espacial de los distintos grupos en las ciudades, las medidas utilizadas para separar y aislar a unos grupos de otros, y el papel de la policía en el espacio urbano desfavorecido representan el eje explicativo de las nuevas formas de control social urbano. La erosión del espacio público supone el punto de partida de la formación de las urbanizaciones fortificadas, símbolos de la ciudad excluyente y antidemocrática.

### **Simcities: la reestructuración del imaginario urbano**

El interés general de este discurso gira en torno a las transformaciones que se han producido en el imaginario urbano de los ciudadanos de la Postmetrópolis, ya que los propios sujetos forman su concepción de la ciudad, y actúan conforme a dichas imágenes (representaciones sociales o imaginarios). Nuestros mapas mentales y cognitivos de la realidad urbana, el modo en cómo pensamos, experimentamos y decidimos actuar en los diferentes lugares son instrumentos que, en última instancia, han sido configurados por las reestructuraciones sistémicas que hemos estado identificado de forma sintética. Las nuevas formas de pensar la ciudad llevarán a nuevas formas de comportarse y decidir sobre la ciudad, a nuevas posibilidades (u obstáculos) para el futuro.

Las nuevas realidades urbanas extremadamente heterogéneas (cosmópolis) están dibujando un nuevo mapa social urbano bien diferente de la ciudad industrial. Un nuevo mosaico cada vez más desigual (ciudad fractal), fragmentado, amorfo y disperso (exópolis), adoptando formas de enfrentar las nuevas complejidades y tensiones sociales basadas en la fortificación y el aislamiento de algunas partes de la ciudad (archipiélagos carcelarios) por temor a las otras partes peligrosas, y donde la hiperrealidad y el simulacro de Baudrillard (2007) se han convertido en nuestros referentes diarios para comprender las complejas realidades (simcities) que nos rodean en estos nuevos espacio postmetropolitanos.

### **Reflexiones finales**

Una de las principales conclusiones que se pueden sacar de este estudio teórico es la necesidad de reconocer que la cuestión social no es un problema específicamente urbano, sino que atraviesa a toda la organización social, de la cual, la ciudad supone un producto histórico concreto. El homo economicus del que tanto han hablado Weber, Simmel o Park es un producto histórico del capitalismo, no del urbanismo. Lo que sí es una característica específicamente urbana es el "sinecismo" que explicamos anteriormente. Sin embargo esta capacidad urbana no determina las formas de convivencia en la ciudad, simplemente abre la posibilidad de un construir-juntos. Pero el proceso de individualización social bloquea todo su potencial cívico, al dividir y encapsular a los individuos como si no fueran parte de un "todo". Además, la extensión del miedo y la desconfianza entre los diferentes grupos sociales mina las bases de una sociedad integrada y su posibilidad de desarrollo, aún más en un espacio urbano muy segregado socialmente. La ciudad capitalista, basada en el éxito comercial y el crecimiento económico sine die, al mismo tiempo se ha traducido en una irresponsabilidad cívica y en un aumento de las desigualdades económicas y sociales.

En cuanto al estudio sociológico de las ciudades, un punto importante es la constatación de la superación teórica del determinismo ecológico (el espacio configura las relaciones sociales urbanas) y del económico (la estructura social determina los comportamientos urbanos), como simplificaciones analíticas de la realidad social. Sin embargo, tampoco hay que dejarse llevar por la puesta en valor de la cultura, ese elemento olvidado en los anteriores determinismos, convirtiéndolo igualmente en un culturalismo determinante. La vuelta al marxismo y a la historia como elementos analíticos urbanos es un hito importante en el desarrollo reciente de las investigaciones sobre la ciudad para realizar la historia del presente. El conocimiento de los modelos tan solo aquí apuntados constituye en todo caso un puente fundamental para trabajos sociológicos de campo inscritos en el ámbito de la sociología urbana.

La ciudad comenzó su existencia como el espacio de culto a los muertos (Coulanges, 1864), y su desarrollo histórico ha mostrado cómo el hecho de ir dejando fuera de ella a grupos cada vez más numerosos la ha sumido en una serie de crisis de las que sólo se ha salido con una ruptura respecto del modelo anterior, y una toma de conciencia de la existencia de esos “olvidados”. Pero la historia se repite si no se corrigen sus errores, y en este sentido, la existencia creciente de grupos sociales sin ningún tipo de afiliación con el conjunto de la sociedad (sin trabajo, sin apoyo social ni familiar, sin cualificación profesional...) nos lleva a reflexionar sobre si la ciudad no se convertirá en el “cementerio social” de todos estos grupos, o si volveremos a vivir otra crisis urbana y social donde las movilizaciones de los “desafiliados” vuelvan a poner sobre la mesa una cuestión social irresuelta. Para comprender el estado actual de las ciudades capitalistas hemos de partir de las características de la última gran reestructuración económica. Desde la llegada del neoliberalismo como ideología dominante de las relaciones sociales y productivas en los años 70 y 80 del siglo pasado, el aumento de la inseguridad social y civil, y de las desigualdades económicas y sociales han configurado un nuevo espacio urbano fragmentado y excluyente. Sin embargo, al mismo tiempo ha nacido la noción de Derecho a la ciudad, directamente vinculada a valores democráticos y al uso social no-mercantil del espacio público. Es decir, no sólo se ha venido desarrollando un proceso de fragmentación, sino también de unión, que ha venido reclamando la re-apropiación de la ciudad. En este sentido, el Movimiento 15M, que ha supuesto la confluencia de distintas fuerzas sociales ya existentes, u otras muchas luchas urbanas (contra la privatización del agua, por una ciudad sin coches o más verde, contra Eurovegas...) caracterizan otro tipo de relación con la ciudad basada en los comunes, es decir, en lo que nos afecta a todos, y que debe ser decidido y gestionado por todos. En definitiva, supone el inicio de un proceso de construcción de “otro modelo de ciudad para otro modelo de sociedad”.

Las nuevas realidades urbanas requieren pues, una buena caja de herramientas teórica, que no olvide la historia como componente esencial de cualquier explicación de la cuestión social. La nueva deriva ideológica neoliberal-actuarial es la antítesis de esta propuesta teórica. Y su confrontación en el terreno discursivo es el punto de partida para la construcción de un contra-discurso crítico con las míseras condiciones de vida a las que aboca a clases enteras de sujetos las sociedades capitalistas avanzadas, y sus bases teóricas. La Sociología nació de la calle, de sus problemas y contradicciones, de la necesidad

de comprender (para servir a la democracia) la cuestión social materializada en las aceras de las grandes ciudades. Hoy, esa cuestión, lejos de aliviarse, se ha visto exponencialmente agravada desde la vuelta de la inseguridad social y civil en los años setenta y ochenta del siglo pasado. Por ello, la necesidad de ofrecer esas herramientas teóricas que sirvan, a su vez, como una doble crítica (simbólica y material) de las ciudades pasa por cuestionar; los discursos que están legitimando la sumisión (política) al mercado, apelando al crecimiento “de todos”, por un lado, y la realidad urbana segmentada socialmente por sus condiciones de vida, por otro.

## **Bibliografía**

- BAUDRILLARD, J. (2007), *Cultura y Simulacro*. Barcelona, Editorial Kairos.
- CANCLINI, N. G. (1999), *Imaginarios urbanos*. Buenos Aires, Ediciones Eudeba.
- CAPEL, H. (2006), “Gritos amargos sobre la ciudad” en VVAA, *Emergencias urbanas*. Barcelona, Editorial Anthropos. 33-71.
- CASTELLS, M. (1976), *La cuestión urbana*. Madrid. Ediciones Siglo XXI.
- COULANGES, F. (1983), *La ciudad antigua*. Barcelona. Ediciones Iberia.
- DAVIS, M. (1992), *Más allá de Blade runner: Control urbano y la ecología del miedo*. Barcelona. Editorial Virus.
- DONZELOT, J. (2007); “La ciudad de tres velocidades” en VVAA, *La fragilización de las relaciones sociales*. Madrid, Ediciones Ciencias Sociales. p.22-68.
- HANNERZ, U. (1986), *Exploración de la ciudad*. Mexico DF, Fondo de Cultura Económica.
- HARVEY, D. (1977), *Urbanismo y desigualdad social*. Madrid, Ediciones Siglo XXI.
- LEFEBVRE, H. (1969), *El derecho a la ciudad*. Barcelona, Ediciones Península.
- \_\_\_\_\_ (1976), *Espacio y Política*. Barcelona, Ediciones Península.
- MUMFORD, L. (1966), *La ciudad en la Historia*. Buenos Aires, Ediciones Infinito.
- PARK, R.E. (1999), *La ciudad y otros ensayos de ecología urbana*. Madrid, Ediciones del Serbal.
- SENNET, R (1975), *Vida urbana e identidad personal*. Barcelona, Ediciones Península.

SIMMEL, G. (1989), "Metrópolis y Mentalidades" en *Revista Ábaco* nº6. p.68-81.

SOJA, E.W. (2008), *Postmetrópolis*. Madrid, Traficantes de Sueños.

WACQUANT, L. (2010), *Las dos caras del gueto*. Madrid, Ediciones Siglo XXI.

WALKOWITZ, J.R. (1992), *La ciudad de las pasiones terribles*. Madrid, Ediciones Cátedra.

WEBER, M. (1987), *La ciudad*. Madrid, Ediciones La Piqueta.